

UN CADÁVER EN EL SENA
y otros cuentos

Paco Bellart

Índice

Un cadáver en el Sena
La criatura
"El dr. Jekyll y mr. Hyde", de Abbot
El sonámbulo
La muerte de Henry Annixter
La última tarde con E. Toller
Rey de larga sombra
Manuscrito hallado en un antiguo baúl
El cielo azul

Un cadáver en el Sena

Corrían los últimos días de mayo de 1836 y hacía rato que los hombres y mujeres respetables de la ciudad yacían en sus camas, buceando por el mundo de los sueños. Por la calle destellaban los últimos rastros de vida; quedaban en pie los truhanes y los borrachos, y no sería difícil encontrar algún sitio interesante donde detenernos. Pero, si el lector no se apoca fácilmente, y si su curiosidad es mayor que su recato, subiremos hacia el noroeste, cruzaremos por el barrio de La Chapelle y, avanzando por silenciosos callejones, llegaremos hasta un viejo edificio abandonado; y una vez allí, sigilosamente, respetando su quietud sepulcral, nos introduciremos dentro hasta llegar a una de sus pequeñas habitaciones, donde podremos asistir al crimen que inmediatamente se iba a cometer en ella.

Ningún destello de luz turbaba el interior de la pequeña habitación. Las paredes eran de piedra pulida, el techo era bajo y las ventanas se hallaban selladas con gruesos listones de madera. Reinaba en ella una oscuridad densa, casi palpable, y un silencio absoluto cubría aparentemente su totalidad. Aparentemente, digo: porque si uno aguzaba el oído atentamente podía percibir, proveniente de un rincón cercano a la puerta, un débil susurro, un pequeño sollozo furtivo que aguardaba como un trozo de sombra arrimado a la pared. El intruso se llamaba Pierre Pensete y pronto descubriremos el motivo por el cual aguardaba allí escondido. Se encontraba, digamos, en una situación delicada. Si pudiéramos iluminar la oscuridad por un momento veríamos que su frente estaba bañada en sudor, que su pecho se agitaba nerviosamente y que sus manos, temblorosas, luchaban por sujetar el peculiar artilugio que él mismo había diseñado, con mucho cuidado, para dar la bienvenida al señor Maillard. Se trataba de un pequeño saco, grueso y acolchado en el interior, por cuyos bordes circulaba una delgada cuerda cuyos cabos, diestramente anudados entre sí y rematados por un resorte y un candado, daban, como resultado final, la más sofisticada de las sogas.

Todo aguardaba, pues, sumido en esa engañosa quietud cuando el intersticio inferior de la puerta se iluminó repentinamente, cortando en el centro de la habitación una línea de luz rojiza. El intruso Pierre sufrió un pequeño sobresalto y, por un instante, titubeó. Respiró hondo, se arrimó cuanto pudo al marco de la puerta y, cerrando los ojos ceñudo, aguardó con los músculos tensos en la más completa quietud. Inmediatamente, desde el cabo del pasillo, llegaron los primeros pasos; Pierre asió con fuerza el arma, apretó la mandíbula y empezó a contarlos: "Uno.. dos... tres...". Los pasos sonaban fuertes y a largos intervalos.

"Doce", se dijo Pierre, y suspiró en sus adentros. El pomo chirrió hasta dar la vuelta; la puerta se abrió lentamente, iluminando parcialmente la habitación, y una pierna asomó por ella. Maillard no tuvo tiempo de encender la cerilla. Pierre se abalanzó como una sombra a su espalda y le hundió en la cabeza el instrumento. Tiró de la cuerda, cerró el candado y se apartó tembloroso hasta apoyarse de nuevo en la pared. Clavó en ella las uñas y lo contempló aterrado. La grotesca figura de monsieur Maillard empezó a revolverse penosamente. Sus manos luchaban inútilmente con el candado; su pecho palpitaba convulsivamente; su cuerpo daba tumbos por toda la sala, chocando con las paredes, cayendo al suelo y volviéndose a levantar. Entre tanto, un grito ahogado, apenas perceptible, salía desde el fondo del saco tratando de aferrarse a la vida.

Pasaron cinco minutos hasta que su cuerpo se desplomó definitivamente. Pierre se pasó las manos por la cara, que estaba empapada de sudor, y se dispuso a seguir con el plan. Encendió una pequeña lámpara que traía consigo y dispuso el baúl en medio del cuarto. De su interior sacó diversos instrumentos; extendió una sábana, tomó por los hombros a monsieur Maillard, lo levantó con cierta dificultad y lo dejó caer encima.

Luego se puso los guantes, se cubrió la cara con un pañuelo y, tras examinar detenidamente la escena, cogió una sierra y un cuchillo y empezó a trocear el cadáver. Pierre había calculado cada corte con antelación; había tomado las distintas medidas y trazado la disposición en el baúl, de tal manera que el resultado final ocupase el menor espacio posible. Separó primero los brazos, que anudó entre sí, cortó luego la cabeza, que seguía envuelta en el saco, y se entregó finalmente a las piernas, que, tras un complejo forcejeo, logró reducir en seis partes. Dispuso luego las distintas piezas en el baúl, puso encima de ellas la sábana y las distintas herramientas y lo cerró con llave. Luego rastreó todo el local y repasó nuevamente el plan estipulado. Finalmente se puso la peluca, el bigote y las gafas que traía consigo, se ciñó el sombrero, agarró el baúl con ambas manos y salió a la calle.

Eran las tres de la madrugada y París estaba desierta. El viento ondeaba sobre las copas de los árboles y la pálida luz de la luna dormía sobre los tejados de las casas. Avanzando sigiloso entre las sombras, asegurando cada calle y cada esquina, Pierre Pensete fue arrastrando su siniestro baúl, que cloqueaba al tropezar con los adoquines. Al llegar junto al Sena se detuvo, se hundió el sombrero hasta las cejas y escudriñó la penumbra girando la cabeza a lado y lado. En un instante aferró la tumba de monsieur Maillard y la arrojó al río. Se oyó un leve zumbido, un golpe seco, algo pesado que se zambullía y todo se acalló de nuevo. Pierre miró ansiosamente sobre el agua, pero sólo pudo ver un remolino iluminado por la luna. Se irguió, sacudiéndose la camisa, y volvió a mirar a su alrededor. Sufrió entonces una serie de espasmos y convulsiones, que subieron en estragos por su garganta y que al cabo soltó en una brusca carcajada, que retumbó en el cielo opaco de la noche. Por fin había realizado el plan que, tanto tiempo atrás, venía preparando. Ya no quedaba nada del indómito Maillard. Su cuerpo reposaba en la profunda oscuridad del Sena, embutido en un pequeño baúl, y nadie, al menos en París, iba a echarle de menos. Los pocos que lo conocían lo suponían, ahora mismo, de camino a los confines del mundo. Podían pasar meses hasta que nadie hallara el baúl; lo más probable es que no lo encontrasen en años. Y aún así, ¿quién iba a sospechar que el asesino era precisamente él, Pierre Pensete? No había forma de relacionarlos, no existían vínculos entre ambos, no quedaban testigos; no había rastros ni pruebas.

Al día siguiente Pensete se hallaba terriblemente agotado. Le dolían los huesos y la mandíbula y sentía un amargo sabor en la garganta. Su espejo corroboró su estado, revelándole un rostro pálido y enfermizo. Alrededor de los ojos se habían formado dos manchas de color morado, y a lado y lado de la boca se perfilaban dos tenues arrugas causadas por la fatiga. Pero a pesar de ello, y con el objeto de no levantar una sola sospecha, a las doce del mediodía nuestro joven caballero se aventuró a salir a la calle. Fuera, la luz del sol resplandecía sobre el pavimento y el aire era cálido y seco; la muchedumbre rezongaba por doquier, y la infinitud de voces, el ruido de los carros y los silbidos de la estación se entremezclaron en la mente de Pensete con los aturdidos recuerdos de la noche anterior. Pensete se hallaba inquieto, cansado y excitado a la vez, y al doblar la segunda calle sintió la tentación de acercarse al Sena para contemplar el agua turbia donde se escondía el cadáver. Lo omitió prudentemente, pensando que no debía dejarse apocar por la duda ni el miedo. El plan, se repitió una vez más, había sido ejecutado con pulcritud y perfección, y el crimen debía ser tomado con deliberada impersonalidad, como hasta ahora; debía seguir rigurosamente los dictados de su razón, que eliminaba cualquier motivo de sospecha, y proseguir tranquilamente según la rutina.

Pensete caminó así decidido unos diez minutos y en la rue Pavée Saint André se detuvo a comprar "L'Etoile", como era costumbre. Pero entonces un nuevo arrebató se apoderó de él. Empezó a pasar las páginas con ansiedad, temiendo que alguien hubiese hallado el baúl. Tras comprobar que no había ninguna noticia que le incumbiese se

reprendió por su nerviosa manera de proceder. "Aunque encontrasen el cuerpo", se dijo de nuevo, "no hallarían jamás al asesino. Todo ha sido ejecutado según los planes y no hay, por tanto, nada que temer". Luego dobló el periódico y se lo endosó debajo del brazo.

Aquellos días oscilaron para Pensete entre dos sentimientos. Sentía, por un lado, el orgullo por la ejecución de un plan que consideraba impecable, la satisfacción por haber culminado con éxito el trabajo de un año entero; se regocijaba pensando en su hábil manera de proceder y se entregaba plácidamente a la vida y al sueño. A ratos, sin embargo, al recorrer los parajes del crimen, al tropezar con la imagen de un cuchillo o de un saco, o en medio del sueño, le sobrevénía el horror y sentía como un punzón la atrocidad del crimen. En mitad de la noche despertaba con la fiebre recorriendo su espalda; le atormentaba momentáneamente la culpa y el temor y aparecía ante su mente la imagen de Maillard con la cabeza envuelta. Al cabo, sin embargo, Pensete fue recuperando su habitual humor; aprendió a silenciar los rodeos de la conciencia y a reducir en pequeños temblores sus arrebatos de fiebre; recuperó el pulso y el color de su piel volvió paulatinamente a su cara. Pero aún así no podía evitar tener ciertos escrúpulos, y al finalizar la semana decidió, tras sopesarlo debidamente, conceder una pequeña tregua a su inquietud y acercarse hasta el Sena, para contemplar los restos de su crimen. Un extraño sentimiento le invadió al contemplar el agua. Abrigado por un manto de pequeñas nubes, que dispersaban la luz del día, y envuelto por el rumor de la muchedumbre que circulaba a su alrededor, Pierre sintió por primera vez la lúgubre soledad del asesino. Se dio cuenta de que una burbuja inexpugnable le separaba del resto de la humanidad. El mundo exterior había quedado irremediabilmente disuelto de su espíritu. Su secreto, su terrible secreto, le había convertido en un paria.

Embriagado por la tristeza apartó las manos del borde del río y volvió sobre sus pasos. En la rue Pavée Saint André se detuvo para comprar el periódico, que por primera vez no hojeó afanosamente. Lo guardó tímidamente en la axila y siguió su camino, que le llevó cabizbajo hasta el Café Palaric. Se sentó en un taburete, en la barra, pidió con un susurro un café y miró melancólico a su alrededor. Enfrente, un camarero discutía alegremente con dos simpáticos caballeros, y en la mesa próxima una vieja sorbía un enorme tazón; el techo se hallaba nublado por el humo de los cigarrillos.

Un instante después Pensete tenía enfrente el café, y fue entonces cuando desplegó el periódico.

De nuevo, Penset sintió la necesidad de leer apresuradamente los titulares y saltar directo a la sección de sucesos, temiendo que el crimen hubiese sido descubierto. No halló ninguna mención a un baúl ni a la desaparición de ningún caballero y suspiró con cierto alivio; pero al volver las páginas, repentinamente, leyó algo que retuvo toda su atención y que, por un segundo, le sumió en el pánico. En lo alto de la página, impreso en grandes letras, leyó estas terribles palabras:

UN CADÁVER EN EL SENA

Su corazón volvió a su sitio al darse cuenta de que se trataba de un simple cuento. La página pertenecía a la sección literaria, donde, según los dictados de la moda, se concedía a los escritores un nuevo medio para ganarse la vida. Pensete extendió el periódico y, mientras leía con tranquila curiosidad las primeras palabras, se llevó la taza a los labios y dio un sorbo al café. De golpe, la taza voló de sus manos y cayó estrepitosamente en el suelo, partiéndose en pequeños trozos y derramando todo el contenido.

-¡Una taza menos!- gritó de pronto el camarero, y de un salto se plantó al lado de Pensete. -No se preocupe- le dijo, poniendo una mano en su rígido hombro-, a todo el mundo le ocurre alguna vez. Si supiera la de tazas que se rompen en una semana... ¡Michel! ¡Sirve otro café al señor!

Cuando le trajeron de nuevo el café Pensete aún permanecía inmóvil, con el labio inferior caído. Volvió en sí unos segundos más tarde, cuando le sobrevino un nuevo escalofrío; agarró temblorosamente el periódico, hundió en él la cara y volvió a leer las primeras frases del cuento. "La habitación...", leyó, y sintió que el alma se le iba del cuerpo. "...La habitación aguardaba sumida en la más profunda y terrible oscuridad. Agazapada a un lado de la puerta, se escuchaba la afanada respiración del asesino. Era un hombre alto, delgado, y sostenía en sus manos un extraño objeto que él mismo había diseñado cuidadosamente. Se trataba de un saco, del tamaño justo de una cabeza, que estaba sofisticadamente atado a una sogá y rematado por un curioso resorte y un candado".

El pecho de Pensete se agitó violentamente al leer la última frase; le empezaron a latir las sienas.

"Había planeado el crimen durante largo tiempo, para dotarlo acaso de una prolija impersonalidad", siguió leyendo; "pero aún así, a pesar de ello, no podía refrenar el pánico creciente que invadía su cuerpo y su alma. Una y otra vez se repetía, con su distintiva minuciosidad, el plan de la obra; una y otra vez estudiaba los detalles, rebuscaba algún descuido, prevenía todas las posibles consecuencias...".

Pensete se detuvo un momento, releyó algunas palabras sin orden y siguió agitadamente con el resto del cuento.

"El asesino", leyó, "se abalanzó como una sombra a su espalda y le enfundó en la cabeza el instrumento. Tiró de la cuerda, cerró el candado y se apartó tembloroso hasta apoyarse de nuevo en la pared"... "Encendió una pequeña lámpara que traía consigo y dispuso el baúl en medio del cuarto, sacó de su interior diversos instrumentos cortantes, extendió una sábana y, sin más dilación, empezó a trocear a la víctima"... "Luego se irguió y volvió a mirar a su alrededor"... "En un instante aferró el baúl y lo arrojó al río. Se oyó un leve zumbido, un golpe seco y algo pesado que se zambullía"...

Pensete siguió leyendo hasta llegar al párrafo final, donde todas las horripilantes sensaciones que le habían ido sobreviniendo se conjugaron en una atroz perplejidad.

"Habían pasado unos días", leyó, "cuando el asesino se detuvo a comprar el periódico, según era su costumbre. La inquietud le llevó a hojear rápidamente las páginas, temiendo que se mencionara la desaparición del muerto. Removía las páginas cuando su atención se fijó en un extraño titular. Volvió las hojas hacia atrás, preso de un momentáneo sobresalto, y releyó atentamente las terribles palabras: UN CADÁVER EN EL SENA. Se tranquilizó al comprobar que tan sólo se trataba de un cuento; extendió el periódico y empezó a leer con curiosidad las primeras palabras. Un escalofrío recorrió entonces su espalda, palideció y sintió que una mano invisible le apretaba el cuello. La ebullición de su sangre hacía que los objetos dieran vueltas a su alrededor, y acontecimientos futuros y difusos cruzaban su cerebro en una procesión sin fin. Y sin embargo no podía cesar de leer. Ante sus ojos, con una exactitud sobrenatural, se hallaba descrito su propio crimen."

-Disculpe... Disculpe... ¿Se encuentra bien? ¿Le sucede algo?

Pensete no respondió al camarero. Permaneció inmóvil durante un largo minuto y luego, arrugando el periódico entre sus manos, salió jadeando a la calle. Recorrió la ciudad a rápidos pasos, con el cuerpo entero empapado en sudor y los ojos saliéndose de las cuencas. Su mente desbocada bailaba en un intenso torbellino de preguntas y temores. ¿Qué significaba todo aquello? Pensete, que había confiado siempre y

exclusivamente en el buen juicio de su razón, se sintió sobrepasado. Pensamientos, recuerdos y visiones espectrales se sucedían fugazmente ante sus ojos; a su alrededor se amontonaban y sucedían, deformes, los impávidos rostros de la multitud; las sombras de los edificios se alargaban y contraían a su paso y el sol brillaba con una luz lejana y confusa.

Al llegar a casa se sentó en la mesa del escritorio, encendió una vela y volvió a extender el periódico. Los detalles eran asombrosos. El relato del crimen era exacto, horriblemente exacto. La espera, el asalto, la carnicería, el baúl.. No había un solo descuido, ningún fallo. Pero había más. Aquí se señalaba al asesino como un hombre "alto y delgado", como era efectivamente en la realidad. Más allá especificaba que había dedicado "largo tiempo en concebir el crimen", e incluso que, siendo una persona "pulcra y racional", había tratado de ejecutarlo con la mayor impersonalidad posible. Pensete volvió a releer de nuevo el cuento, y luego otra vez, tratando de deshacer aquel siniestro hechizo mediante la reiteración. Su mente no podía concebirlo como un suceso real en el mundo.

Aquella noche Pensete sufrió un arrebato de fiebre. La habitación se expandía a su alrededor hasta un grado indecible; el alto techo le caía encima y le oprimía hasta asfixiarle, y sus pies, descubiertos entre las dobleces de la sábana, se lanzaban al fondo diminuto de la habitación y se disolvían en el horror de la infinita distancia. El viento gemía y gritaba y repicaba con fuerza contra la ventana. La penumbra teñía entre las sábanas oscuras manchas de sangre y las cortinas ondeaban con aire fantasmal. Entre sus pliegues, de repente, Pensete descubría la cabeza envuelta de Maillard, que se le abalanzaba tenebroso encima y le susurraba al oído los múltiples dolores que le deparaban. Pensete gritaba y golpeaba torpemente el aire, resoplaba violentamente y contorsionaba su cuerpo, abrumado por el peso del dolor y la pesadilla.

Al día siguiente, tras despertarse y recobrar parcialmente el juicio, Pensete se sentó de nuevo ante el periódico y estudió con mayor detenimiento el texto. Se detuvo en las siglas que lo soportaban, "A. P.", y trató de sonsacar de ellas algún misterioso y siniestro significado. Pensete hacía grandes esfuerzos para pensar con un mínimo de claridad. ¿Cabía la posibilidad - se preguntó - de que el autor se dedicase a rastrear crímenes para inspirarse en sus narraciones? Lo juzgó vagamente posible, aunque inverosímil en grado sumo. Era más probable, aunque no mucho más, que hubiese asistido por casualidad al crimen y hubiese decidido sacarle un provecho artístico. Pensete admitió la posibilidad de que alguien le viese, con el debido disfraz, arrastrando el baúl a las tres de la madrugada. Pero, ¿cómo podía haber presenciado el crimen? "En todo caso", se dijo al cabo de muchas vueltas, "puedo respirar tranquilo: si en una semana no ha ido a la policía lo más probable es que no vaya nunca. Tal vez él mismo sea un criminal y ..." Por primera vez pasó por la mente de Pensete la posibilidad de un chantaje. Ante aquella espeluznante idea volvió para atrás en sus razonamientos y se repitió que nadie podía haber presenciado su crimen. Además, la descripción del cuento incluía rasgos que no estaban al alcance de un simple espectador, como su estado de ánimo o su manera de concebir el homicidio.

Pensete empezó, con la reticencia propia de un hombre medianamente culto, a valorar la posible intervención de un fenómeno fantástico o sobrenatural. ¿Era posible que Maillard hubiese vuelto de las sombras del infierno para relatar el crimen? ¿Acaso su espectro, tomando la apariencia de una musa, había relatado todos los detalles al autor? Pensete se arrimó a la mesa, apoyó en ella el codo, se llevó la mano a la cabeza y aguardó así un instante. Alzó la frente para al momento dejarla caer; cruzó una pierna con otra y luego intercambió sus posiciones; echó la cabeza para atrás, volvió a incorporarse, se levantó de repente, volvió a sentarse, apoyó el codo en la mesa y dejó la

cabeza sobre su mano, recuperando de nuevo la primera posición. En su mente estaban surgiendo los primeros destellos de la locura. Finalmente se levantó de su silla con aplomo y, alzando un puño, se resolvió a terminar con aquel misterio y restablecer, a costa de lo que fuese, su distinguida y añorada racionalidad. Con este propósito en mente se puso el sombrero y el abrigo y salió apresurado de casa, en dirección a las oficinas de "L'Etoile".

Cuando llegó se detuvo en las puertas del edificio y lanzó su mirada a la hilera de ventanas que se alzaba hacia el cielo. Por un momento dudó sobre la conveniencia de un actuación tan brusca y giró sobre sus talones; pero, al vislumbrar de nuevo el camino a casa, donde solamente le esperaba la incertidumbre y el miedo, se armó de valor y atravesó con rapidez las puertas del edificio. Cruzó con decisión el vestíbulo y, escondiéndose entre la multitud que revoloteaba por la planta baja, avanzó hasta las escaleras. Empezó entonces a recorrer los pasillos y a dar vueltas por entre las mesas, cruzándose con gente que iba y venía llevando papeles, moviendo cajas y carros, dictando, escribiendo, discutiendo acaloradamente y entrando y saliendo de los despachos. Finalmente, tras convencerse de que no iba a conseguir nada con sólo dar vueltas, se abalanzó sobre el primer hombre que vio pasar y le detuvo:

-Disculpe... disculpe- le dijo entre jadeos y convulsiones. El joven al que detuvo se inclinó hacia atrás y le preguntó, arqueando una ceja, qué es lo que quería. -Estoy buscando al encargado de la sección de literatura del periódico... Es... Yo... Debo hablar con él...

-¿La sección de literatura?- respondió el otro, como si hubiese comprendido de golpe-. Es usted escritor, ¿no es cierto? Vaya a la tercera planta y pregunte por Flambeau, tal vez le atienda.

Pensete le dio las gracias con una inclinación de cabeza y salió derecho hacia la tercera planta. Subió los escalones de tres en tres y se puso a rebuscar por las distintas puertas. Al cabo halló, pintado en el cristal de una de ellas, el nombre de Flambeau. Golpeó el marco repetidamente y se introdujo por ella sin esperar una respuesta.

-¿Quién demonios es usted?- pronunció, dándose la vuelta, un hombre altísimo, de hombros y barriga atlánticos, con una espesa barba negra y un furibundo nudo de corbata. -¿Qué demonios está haciendo aquí? ¿No sabe que hay que llamar antes de abrir la puerta?

-Disculpe...- le dijo Pensete, acercándose pausadamente a él e inventando en su cabeza alguna excusa. - Verá... Estoy buscando...

Pensete carraspeó un momento, en tanto el otro le dedicaba una injuriosa mirada.

-Ayer- siguió al fin- se publicó un cuento en el periódico, y me gustaría saber... Venía firmado por las siglas...

-¿Ayer?- le interrumpió el otro, llevándose una mano a la barba y frunciendo la mirada. - Hmm... Sí, ya recuerdo: "Un muerto en el Sena".

-Un cadáver- le corrigió el visitante-. Es "Un cadáver en el Sena", para ser exactos...

-Un cadáver, un muerto, ¡qué más da!- replicó el otro golpeando la mesa-. Lo recuerdo bien. Era un cuento absurdo y de lo más grosero; con horribles descripciones de asesinatos y fantasmas... Pero en fin, eso es lo que gusta ahora a la gente. Ah, uno tiene que pensar en el dinero. Yo soy un empresario, ¿sabe usted?; como cualquier otro. Y si la gente carece del menor gusto hay que apechugar y aguantarse. ¿No es así? Me pregunto cómo alguien es capaz de sentarse a sangre fría y adecentar en un francés correcto tal disparatado farrago de horrores. ¿Dónde se ha visto algo semejante?- añadió, removiendo el aire con una mano-. Un asesino que lee nada más ni nada menos que su propio crimen en un cuento, en un periódico. Un cuento que delata el homicidio que ha cometido. ¡Qué absurdo! ¿No le parece?

-¡Totalmente absurdo!- respondió Pensete, que se había puesto pálido como la leche.

-Además- prosiguió el otro-, ¿quién puede creer que alguien cometiera semejante crimen? Con no sé qué sistema sofisticado para ahogar a la víctima. Es el colmo de lo macabro. Si uno quiere matar a otro pues le mata y listos, no hace falta tanta tontería y mezquindad, ¿no lo cree así?

-¡Por supuesto! -respondió Pensete entre espasmos-. Pero...si no le importa... Verá, me gustaría conocer al autor del cuento, al escritor que...

-¿Conocer al autor? ¿Y porqué?- exclamó Flambeau, que hablaba a gritos- Ah, ya entiendo... Usted es un editor, ¿no es cierto? Y ha pensado que...

-Exacto, exacto, soy un editor, y me gustaría hacer negocios con él.

-Pues yo no se lo recomiendo- dijo el otro-. Si yo fuera usted buscaría a alguien mejor; cualquiera es capaz de escribir un cuento mejor que eso. Pero claro...

-Disculpe, pero...- le interrumpió Pensete en un arrebato. -Tengo algo de prisa. Si es tan amable, sólo necesito que me dé usted su nombre, su dirección, lo que sea...

Flambeau frunció la cara indignado, se dio la vuelta con un gesto de desdén y se dirigió hacia un gran archivador que había en el fondo de la estancia. Abrió uno de los cajones y empezó a remover el montón de papeles que había en él.

-Nada- soltó al fin, sin dejar de remover los papeles.- Aquí no hay quien pueda encontrar algo. No sé, si me da usted una tarjeta suya, su dirección, le mandaré sus señas. Pero ahora...

-¿Es que... es que no colabora con regularidad con el periódico?¿No recuerda su nombre, sus señas?

-Bah, nos ha mandado un par o tres de cuentos. Y ya está. El otro día vino, nos trajo el cuento y le extendí un cheque, nada más. Es... es americano, ¿sabe usted?- dijo bajando la voz y frunciendo las cejas-. Sí: a-me-ri-ca-no. Los americanos son gente muy extraña, créame. Muy extraña. Y él... Espere, creo que se llama Allan. Allan, sí, americano. Pero al parecer viaja mucho. Escribe para el Blackwood u otras revistas del estilo. Cuentos horribles, sobre fantasmas y otro tipo de muertos vivientes. Literatura baja, ya sabe; para la gente vulgar. Es un tipo raro, un bohemio de esos.

-¿Allan, dice usted que se llama?

-Exacto. Y ahora que recuerdo... Sí, dijo.. dijo que vivía en el Faubourg Saint-Germain, en la rue Dunot, si no me equivoco. Me estuvo contando no sé qué de que no había quien durmiera allí, que había mucho ruido por la noche. Y yo pensé que... Pero bueno, déme usted una tarjeta y les pondré en contacto...

-Verá, es que tengo prisa- soltó Pensete, mientras le azuzaba la mano-. Dentro de una semana volveré por aquí a preguntarle, ¿de acuerdo? O mejor aún, no volveré. Me ha convencido usted, este tipo de autores no vale la pena tratarlos.

-Eso mismo digo yo-añadió Flambeau-. Por fin lo entiende. Créame que con ese tipejo mejor no hacerse grandes ilusiones. No sirve más que para enviar cuentos a periódicos y revistillas, ¡hum!

Pensete anduvo toda la tarde por el Faubourg Saint-Germain, yendo de arriba abajo por la rue Dunot. Llevaba las manos metidas en los bolsillos y el sombrero hundido, inclinado ligeramente hacia adelante para cubrirle la cara. No había comido nada en todo el día y se sentía débil y soñoliento, y cuando, hacia las seis, empezó a caer una lluvia fina pero constante decidió refugiarse en la primera taberna que encontró. El local era pequeño y sucio, y las luces tintineaban tímidamente, cubriendo las paredes de reflejos y sombras; desparramado por las mesas y la barra, había un puñado de hombres de aspecto rudo. Pensete se sentó en la mesa del fondo y pidió al camarero una taza de

té, que tembló exageradamente cuando se la llevó a los labios. Apoyó luego los codos en la mesa, plantó la barbilla entre sus manos, exhausto, y recorrió con la vista el local, deteniéndose en los distintos rostros que lo habitaban.

Sentado en la barra había un hombre que, al punto, le pareció lo suficientemente peculiar como para considerarlo distinto al resto. Era delgado, de mediana estatura, y poseía una cabeza ligeramente voluminosa. Se hallaba torpemente apoyado en la barra, y su cuerpo se tambaleaba levemente sobre el taburete. Su pelo, oscuro y más largo de lo habitual, se hallaba enmarañado y vuelto hacia atrás; sus ojos eran grandes y estaban marcadamente hundidos, y el resto de su cara caía perpendicularmente desde ellos hasta juntarse en una barbilla redonda y menuda. Sus cejas eran fuertes y pobladas y sobre su boca pendía un recortado bigote, que se meneaba con sus palabras:

-Como le digo- exclamaba entre hipidos en un dudoso francés-. Yo soy un hombre de negocios, he nacido para hacer fortuna. Sólo que... En fin, ya sabe usted, la naturaleza no lo puede todo.

Aquí su cuerpo se desplazó hacia atrás y estuvo a punto de caer tendido al suelo.

-Y dado que -siguió recuperando la posición correcta-, según tengo entendido, el mismo Shakespeare también murió, no es imposible que hasta yo tenga que morir. Así pues, he pensado que no vale la pena amasar una gran fortuna... y... ¡Monsieur! ¿Dónde se ha puesto usted?- añadió buscando al camarero- Ah, aquí está. Monsieur, quiero ahora mismo otra de éstas. Y no escatime, que le conozco. Tengo un paladar muy sensible.

-Creo que ya ha bebido lo suficiente por hoy, monsieur Allan. Será mejor...

-Querrá usted decir que ya le debo suficiente por hoy, ¿no es así?

-Sea como sea, ya es hora de que se marche a su casa- replicó el camarero, cruzándose de brazos.

-Pues bien, ¿sabe qué? Ya estoy harto de su falta de educación, monsieur. No le aguanto más, ahora mismo me voy para mi casa.

En cuanto el hombre salió tambaleándose hacia la puerta, Pensete dejó unas monedas sobre la mesa y salió corriendo detrás de él, calándose el sombrero por el camino. Le siguió a través de la calle, como una sombra, bajo la lluvia. Su corazón latía con renovada fuerza y su razón ya no poseía el menor gobierno sobre su cuerpo. Tan sólo el instinto le conducía hacia delante, en persecución de su anhelada presa.

De improviso, el desconocido se detuvo en medio de la calzada y volvió la cabeza. Rápidamente, Pensete se agazapó detrás de un buzón. Cuando asomó para mirar, el hombre se estaba introduciendo en un portal. Pensete corrió detrás de él y finalmente se plantó delante de la puerta, que permanecía entreabierta. Antes de entrar, recorrió con la vista todo el edificio. Luego inspiró profundamente y se abalanzó al interior.

Cruzó el vestíbulo con apremio y se detuvo enfrente del primer escalón, donde aguzó el oído. Los pasos del otro sonaron encima, en el primer piso. Pensete miró un momento el fondo oscuro de la escalera y empezó a subir sigiloso por ella. Avanzó con precaución, con el hombro rozando la pared, escuchando atentamente los pasos de su enemigo. En el segundo escuchó un tropiezo y se detuvo un instante, temiendo ser descubierto. Luego, en cuanto se hubieron reanudado los pasos, inspiró de nuevo y siguió subiendo. La oscuridad era cada vez más espesa; el aire era húmedo, mugriento. Repentinamente, los pasos se escurrieron hasta desaparecer. Pensete siguió avanzando sigiloso hasta el final de la escalera, donde se detuvo.

Entre la penumbra se descubría un largo rellano, al final del cual había una puerta entreabierta. Pensete se acercó pausadamente a ella y trató de escuchar alguna señal. La abrió lentamente, a la vez que lamentaba no llevar consigo un arma. Entonces, desde el fondo oscuro que se dibujaba tras la puerta, brilló de repente una diminuta vela, que

iluminó y tiñó de rojo un estrecho pasillo. Pensete aplacó su respiración, apretó los puños y, tras una somera reflexión, se introdujo con extremada lentitud en el piso. Pronto se dio cuenta de que la vela iluminaba en el fondo un pequeño despacho, que empezó a bailar tímidamente delante de él. De repente escuchó un chasquido y se detuvo. Aguardó unos segundos inmóvil, sin escuchar nada más, y finalmente siguió avanzando hacia la vela.

Se acercó más y más y al llegar a un metro de la puerta del despacho percibió, a la luz de la vela, una gran mesa de escritorio, que se hallaba ligeramente inclinada hacia él. Dio un nuevo paso, y otro, y descubrió que encima de la mesa se hallaba tendido un papel. Se detuvo estremecido. Luego siguió avanzando y, finalmente, parándose delante, leyó pausada y sin embargo nerviosamente lo que había escrito en él: "El asesino", decía, "llegó tras una acelerada búsqueda al despacho del escritor, que se hallaba débilmente iluminado por una sola vela. En medio había una mesa, y en ella dispuesta un papel; y mientras leía estúpidamente esto mismo, el endemoniado espectro se le abalanzó por detrás y le enfundó en la cabeza..."

Pensete no terminó de leer las últimas palabras. Se dio la vuelta, horrorizado, y trató de defenderse, pero era demasiado tarde. Se le abalanzaron encima tres hombres y, tomándolo por las manos y el cuello, lo echaron al suelo con brusquedad.

-Ya pueden encender las luces, caballeros- dijo un cuarto hombre (prefecto de la policía parisina, a juzgar por el uniforme y la pistola que empuñaba en una mano). -Está usted detenido, sea quien sea.

Desde la puerta contigua surgieron entonces dos caballeros más llevando consigo dos lámparas que se apresuraron en encender. Uno era el americano al que Pensete había venido siguiendo; el otro, un joven de rasgos distinguidos y algo infantiles.

-Señor Dupin, señor Poe - añadió el prefecto, mientras los otros tres agentes maniataban al asesino-: debo darles una vez más las gracias por la ayuda prestada en nombre de la policía, y felicitarles personalmente. Créanme, tenía mis dudas respecto al plan.

-Oh- dijo el americano, con un gesto de gratitud-, creo que mis méritos en este asunto han sido más bien irrisorios. Todo el mérito es de mi amigo, una vez más.

-Ni hablar- soltó el chevalier Auguste Dupin-. Sin su talento no podríamos haber hallado jamás al asesino.

-Y sin embargo- replicó el otro- es usted quien ha tramado todo el asunto, y casi me ha dictado todos los detalles del cuento.

El prefecto, dándose la vuelta, ordenó a sus agentes que se llevasen al asesino a la prefectura para identificarlo e interrogarlo y que diesen orden de avisar a la prensa sobre la aparición del baúl y el resto de la historia. Luego, tras despedirse de los otros dos caballeros, salió él mismo tras ellos.

-Lo que aún no logro entender- siguió el americano, cuando se hubo quedado a solas con su amigo- es cómo ha sido usted capaz de reconstruir todo el crimen y establecer tantos detalles. ¿Cómo sabía que ese hombre era alto, por ejemplo, o que era lector de "L'Etoile"? ¿Cómo sabía que iba a actuar de este modo?

-Oh, no lo sabía- contestó Dupin-. Pero el cadáver estaba lleno de evidencias. Y aunque no esas evidencias en particular, luego era todo cuestión de ir deduciéndolas. El asesino había sido sumamente puntilloso, es cierto; pero eso mismo delataba algo de él. Era perseverante, ingenioso y versado en el cálculo. Sin embargo... Se lo explicaré. Para que pueda entenderlo todo, repasaremos en sentido inverso el crimen cometido, y así llegaremos hasta el cenit de la cuestión. Pero, si no le importa -añadió, llevándose las manos a la espalda-, creo que estaríamos más cómodos si nos sentásemos en el salón y nos encendiésemos antes un par de pipas.

La criatura

Al oeste de Suiza, pocos kilómetros al norte del Léman, entre dilatados bosques y montañas, se encuentra una pequeña aldea. El camino que sube hasta ella es largo y complicado, y el paisaje entero parece conspirar para mantener alejados a los forasteros. Aquí una roca desprendida, aquí un salto abrupto cortan el camino de repente; el viento lo remueve y cambia por las noches; el suelo serpentea, se bifurca falsamente y se diluye y los árboles se inclinan encima de él y tratan de esconderlo. La aldea que encubre no justifica, para el viajero común, tanta dificultad. Es vieja y apenas se sostienen en pie una docena de casas, donde malvive un puñado de hambrientos campesinos. Sin embargo, antiguamente aquél había sido un lugar tan rico, alegre y hermoso como uno pueda llegar a imaginar. No es el objetivo de esta historia razonar cómo o por qué la aldea perdió su antiguo esplendor; para ello convendría una profunda combinación de argumentos, hechos y especulaciones metafísicas cuya magnitud queda hartamente lejos de mi capacidad. Sin embargo, sí puedo decir que la historia que aquí se va a contar tuvo algo que ver con su declive. Pues, si bien no puede afirmarse que fuese su causa principal, sí es cierto que los extraños y tenebrosos hechos que trataré de esbozar a continuación, y que culminaron en tragedia, actuaron a modo de detonador y supusieron para la inocencia de aquella gente un duro golpe del que jamás pudieron recuperarse.

Podría extenderme largas páginas en la descripción de aquel lugar. El clima era excelente; el aire era puro y las noches estrelladas, los pájaros y los grillos cantaban a su antojo y las estaciones se sucedían con estimable cordialidad. Los inviernos eran apacibles y el verano sosegado. El agua corría con abundancia por los prados, la vegetación crecía libre y resplandeciente y los habitantes vivían plácidamente y disfrutaban sin pesar de una grata opulencia. Los muchachos crecían fuertes y sanos en una condición de inusitada igualdad. La envidia, el odio y el rencor hacían acto de presencia muy raras veces en la aldea, y jamás llegaban más allá del mero insulto o, en los casos más turbulentos, de un empujón. No existían las plagas, las tormentas, los vientos fuertes o las sequías. La caza era tan numerosa que bastaba con apretar el gatillo para dar con una buena pieza, y las cosechas se superaban irremediablemente año tras año, regalando a sus cuidadores las más sabrosas hortalizas.

Jamás se han visto fresas mayores que las que crecían antiguamente en aquel lugar, cuyos habitantes, bajo el influjo de una intuición patriótica, aún profesan por esa fruta un singular respeto. La fresa fue desde siempre el símbolo primogénito de la aldea, y todo el mundo- quien más, quien menos – la cultivaba antaño en su jardín. En verano surgían por doquier como manzanas, se vendían e intercambiaban entre vecinos y adornaban todos los platos, todos los días. Las más grandes podían llegar a pesar, según el cálculo de la leyenda, más de doscientos gramos, adquiriendo las formas más asombrosas, y cada año la aldea celebraba su llegada con su fiesta más popular. Durante tres días la gente ofrendaba con música y diversión el tributo a su perfumado dios. Las calles y los tejados de las casas se adornaban con enormes fresas de papel; los niños se disfrazaban y se embadurnaban las caras con pintura; se organizaban concursos, cenas y bailes y los habitantes más recatados encontraban ocasión para lucir su mejor traje, holgazanear y beber impunemente hasta emborracharse.

Es en la tercera noche, en el baile que daba fin a la fiesta, cuando empieza mi relato.

La fiesta no era, de acuerdo con el tenor de aquella gente, una algarabía incontrolable, ni mucho menos. No obstante, como sucede en todo lugar manso de por sí, había también quien gustaba de una piedad más estrecha. El reverendo, entre ellos, o el señor Meyer, miraban con cierto desdén el general descuido con el que los vecinos

atendían a sus obligaciones diarias, y cuando se acercaba la famosa celebración, como en cuanto se daba la mínima oportunidad, amenazaban, reprendían, lanzaban puntiagudas peroratas y se complacían, con el dedo puesto sobre el Génesis, en describir el futuro próximo que les sucedería, al que vapuleaban desmedidamente. Pero, aparte de esto, dejaban hacer a sus vecinos sin llegar a tanto como entrometerse.

El señor Meyer era un hombre viejo y modestamente consumido, de rostro altanero y nebulosa barba gris, que vivía apartado en una vieja cabaña en el extremo norte de la aldea. Descreía con convencimiento de la alegría y, cuando el pueblo se hallaba alzado en su inocente celebración, a la que tildaba de lujuria descarada, él aguardaba incólume en su vieja cabaña, siguiendo con ceño fruncido los dictados de la rutina. Por eso, cuando irrumpió en el baile de la última noche, a eso de las once, todo el mundo quedó sorprendido. No obstante, fue su aspecto y no el hecho mismo de su presencia lo que causó mayor estupor.

En cuanto entró en la plaza la música cesó al unísono y toda la congregación se detuvo para mirarle. Estaba sudado, despeinado, y sus brazos temblaban despavoridos. Su rostro estaba descompuesto: los ojos salidos de las cuencas, las cejas contorsionadas, la mandíbula torcida; y sus rodillas, medio dobladas, parecían a punto de desfallecer - lo que hubiera sucedido si, en el acto, cuatro de los presentes no se hubiesen lanzado hacia él para sujetarle.

-Lo sabía- empezó a decir, mirando despavorido los rostros que empezaban a circundarle-. ¡Lo sabía! Ha venido... ¡Sí! ¡Ha venido! ¡Al fin ha venido!...

En un instante todo el pueblo rodeaba atónito al viejo Meyer.

-¡Huid, huid!- consiguió gritar antes de desvanecerse.

Alguien lanzó entonces un grito y la multitud empezó a murmurar todo tipo de chismes. Finalmente cogieron al señor Meyer entre tres y lo llevaron a casa del señor Böcklin, que era lo más parecido a un médico que había en la aldea. La fiesta, a pesar de los vagos intentos de la banda de música, quedó suspendida antes de tiempo. El aspecto y la voz del viejo Meyer habían dejado aturcidos a los aldeanos. Nadie lograba dar con una explicación, con un sentido para las palabras y los gestos con los que había entrado en la plaza, y tras una somera discusión la gente resolvió volver a sus casas.

El señor Meyer pasó la noche bajo la atenta supervisión de algunos hombres, y a la mañana siguiente, una vez repuesto, contó esta extraña historia:

-Sé que les parecerá increíble- empezó diciendo -, pero lo que les voy a contar es total y absolutamente cierto. Escúchenme: Había salido de casa después de cenar, hacia las nueve, a pasear un rato por el bosque. Oía a lo lejos la música del baile. Hacía un poco de viento, y al cabo, pocos minutos después de haber salido, decidí volver a casa y echarme a dormir. Mientras volvía empecé a escuchar los ladridos de mi perro- el señor Meyer consideraba indecoroso poner nombre a los perros -, pero no me sorprendí: pensé que la música del baile le habría molestado. Cuando finalmente divisé la cabaña, sin embargo, sufrí una especie de presentimiento. No es que viera o escuchara nada fuera de lo común, pero... Recuerdo que sentí algo así como un pellizco en la nuca y me detuve, a pocos pasos de la puerta. Miré a mi alrededor, lentamente: todo estaba oscuro y parecía tranquilo. Me acerqué a mi perro y, poniéndole una mano en la cabeza, logré que se tranquilizara. Cuando dejó de ladrar me volví hacia la puerta y... ya estaba a punto de entrar cuando escuché un susurro detrás de mí. Me volví rápidamente y entonces me pareció ver algo, algo que se movía entre los arbustos, unos metros más allá de donde estaba. Intenté distinguir algo entre la oscuridad, pero, aunque empezaba a estar inquieto, supuse que debía tratarse de algún animal.

»Aguardé uno o dos minutos así, quieto y callado, hasta que finalmente entré en casa y cerré la puerta. No había dado ni tres pasos cuando, repentinamente, el perro empezó a

ladrar de nuevo. Rápidamente salí afuera y de nuevo me pareció que algo se movía entre los arbustos. Pero esta vez fue más evidente. Quiero decir que vi realmente cómo algo, una sombra, algo grande e informe, se agazapaba entre la maleza en el momento en que yo acababa de abrir la puerta.

»-¿Quién hay ahí?- pregunté, sin atreverme a dar un paso más.

»No obtuve ninguna respuesta, y al cabo decidí entrar de nuevo en casa. Esta vez no volví a ser interrumpido. Sin embargo, había perdido el sueño, así que decidí prepararme algo y sentarme a leer y descansar. No estaba asustado. Los ladridos de mi perro habían cesado definitivamente, y... Me preparé una pipa de tabaco, la encendí... en fin. Pudo haber pasado una hora hasta que...

El señor Meyer bebió un largo trago de agua antes de proseguir.

-Bien- dijo al cabo, algo nervioso-. Yo estaba sentado en el comedor, en mi viejo diván, de espaldas a la ventana. Prácticamente me había olvidado de lo sucedido. Pensaba en esto, en aquello... Al fin dejé la pipa a un lado e, incorporándome, volví casi sin pensarlo la vista hacia atrás... y... ¡Lo vi! ¡Fue entonces cuando lo vi! Estaba... estaba allí, al otro lado de la ventana. Y me... ¡me estaba mirando!- aquí el señor Meyer se detuvo, ante la general expectación de su oyentes, y sólo al cabo de un gran esfuerzo logró continuar-. Era... Era... No sé como describirlo. No era humano, ni tampoco animal. Créanme. Era... Era una criatura impensable, algo espantoso, enorme, oscuro, con dos extraños ojos luminosos que me miraban fijamente, y una boca... Pero sólo lo pude ver un momento... Lo vi un momento y enseguida desapareció, se escurrió y desapareció de la ventana.

»Creo que aguardé unos instantes paralizado por el horror. Tendrían que haber visto a esa criatura para sentir lo que yo sentí. No sabría decir cuánto tiempo aguardé paralizado. Mi cerebro se había detenido por completo, los brazos me temblaban... Pero al fin me levanté. Me levanté de un salto y, sin saber apenas lo que estaba haciendo, salí corriendo hacia la puerta y me planté fuera. Al mirar a un lado descubrí con horror que mi perro ya no estaba allí, que había desaparecido. Sus cadenas yacían rotas por el suelo. Sentí miedo, un miedo ingobernable, y empecé a mirar a un lado y a otro sin saber qué hacer. Entonces me puse a correr hacia la aldea, desesperado, y... Apenas recuerdo nada más. Creo que esa cosa me siguió un rato. No sé. Estaba confuso... Recuerdo que volví la cabeza hacia atrás un momento, y me pareció ver algo gigantesco que venía detrás de mí, entre la oscuridad. Pero no me detuve, seguí corriendo. Corrí cuanto pude hasta que llegué a la plaza... y... Ya no recuerdo nada más.

Tras decir las últimas palabras el hombre cayó tendido sobre la cama y se volvió a dormir. Inmediatamente, tres de los caballeros que habían escuchado el relato salieron directos hacia la vieja cabaña. Todo estaba tranquilo; sólo lograron divisar algunas pisadas, algunos restos de marcas informes en el camino que la circundaba, y las cadenas del perro, que yacían rotas en el sitio donde el señor Meyer las dejara.

La extraña historia del señor Meyer no tardó en conocerse, con imaginativos detalles de más, por toda la aldea. Las opiniones al respecto fueron variadas y poco inteligentes. Unos decían que el viejo había perdido el juicio, otros que lo único que pretendía era hacerse notar. Había quienes respaldaban incondicionalmente su relato, e incluso quienes teorizaban respecto a él, pero la mayoría descreía de sus afirmaciones.

No obstante, no hubo de pasar mucho tiempo hasta que un segundo suceso vino a dar una nueva pincelada, y a corroborar en parte, la historia del viejo Meyer.

Ese mismo día, a primera hora de la tarde, la señora Müller se presentó dando voces en la taberna, explicando que el pequeño huerto de detrás de su casa había sido destrozado. La mujer se comportaba de un modo histérico, y daba por sentado que el culpable no era otro que el ser maligno a quien el señor Meyer había conocido.

Enseguida salieron varios hombres de la taberna y, avanzando en fila, siguieron a la señora Müller hasta su huerto. Apenas quedaba en pie una sola planta. Todas las frutas habían sido sustraídas de sus respectivos lugares, y aquí y allá se veían restos de violencia.

Resulta difícil describir cómo el miedo empezó a dominar, poco a poco, suceso a suceso, toda la aldea, cómo el temor empezó a elevarse, a tomar cuerpo y a dispersarse como niebla, y cómo siguieron surgiendo nuevos rumores e historias. Eran sucesos vagos, e incluso superfluos, es cierto. Rastros, ruidos, extraños aullidos escuchados en el bosque... Sin embargo, en medio de una total incomprensión, estos inocentes sucesos se presentaban como avisos de la desgracia que empezaba a cernirse sobre aquel lugar y que, al cabo, había de tomar una resolución terrible, y así lo sentía la mayoría de los aldeanos.

En sus casas, en la calle o en la taberna, la gente discutía encendidamente y trataba, mediante la especulación, de esclarecer en algún punto el origen y la existencia de la criatura que rondaba a su alrededor, cercándoles como una presa. Hubo quienes se atrevieron, armados con escopetas y palos, a hacer tímidas incursiones en el bosque. Poco a poco todas las familias fueron atrancando las puertas y las ventanas de sus casas; se armaron ya con una hoz, ya con un simple palo, y varios hombres montaron como centinelas y aguardaron despiertos noche tras noche, atentos a los siniestros aullidos que, de vez en cuando, parecían surgir del bosque y que, aunque prácticamente inaudibles, parecían llenar el mundo entero.

Al cabo de unos días eran varios los vecinos que afirmaban haber sufrido destrozos en sus huertos, en sus jardines o cerca de sus casas. Un viejo campesino decía haber visto, cuando volvía de recoger leña, cómo algo corría por el bosque, con una rapidez sobrenatural - aunque reconocía no poder aportar ningún rasgo descriptivo de esa cosa-. Otros decían haber encontrado huellas descomunales, informes y monstruosas, en distintos sitios, pero, aunque en lo demás eran gente proba y respetable, ninguno podía jactarse de ser un entendido en materia de huellas. Unos decían que era un fantasma, otros que un demonio, pero la mayoría, por un acuerdo espontáneo, se refería a esa cosa simplemente como "la criatura".

Una noche, la quinta desde el primer suceso, toda la aldea se congregó en la iglesia para discutir el problema y rogar de paso la bendición de Dios.

-Señores, calma. Cálmense- gritó el reverendo, tratando de imponer su voz. – Esta algarabía es impropia del santo lugar donde nos hemos reunido. Si quieren discutir y berrear, sólo tienen que salir afuera. Pero respeten la casa del Señor. ¡Silencio!

La acústica lograda desde el púlpito se impuso sobre los ánimos de la multitud.

-Olviden de una vez las discusiones, abandonen las armas- siguió diciendo, en cuanto se hubo instaurado la calma- y recen. Es todo lo que puedo decirles. Confesad vuestros pecados, rezad y sentid el temor de Dios; sólo así puede llegar la salvación. Si no, estad listos para afrontar el castigo... Silencio. ¡Silencio!- de nuevo se había disparado el griterío de la muchedumbre.

-Escuchen- se alzó entonces una voz, la del señor Walser, haciendo callar al resto-. No sé exactamente qué es lo que está pasando. Todo el mundo afirma haber tenido algún contacto indirecto, por medio de destrozos y robos en sus huertos, con una suerte de criatura que, en realidad, sólo dos personas dicen haber visto. Una de ellas sólo la vio de lejos, en el bosque, un instante, y no es capaz de decir nada concreto acerca de ella. Podría tratarse simplemente de una confusión. La otra persona, el señor Meyer... Bien, todos sabemos en qué estado estaba cuando lo encontramos, así que bien podría haberse tratado de... una pesadilla, o de un delirio causado por la fiebre...

En seguida varias voces prorrumpieron en nuevos gritos.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

